

Prestóme el vicio sus lucientes galas
Y sofocó la voz de la conciencia.
El velo del pudor rodó deshecho
A mis piés, que marchaban entre flores,
Y mil voces en torno de mi lecho
Cantaron mi belleza y mis amores;
Rechacé á los que sufren y que gimen,
Y en mi carro triunfal conduje uncidos
Con la cadena del amor y el crimen,
Nobles magnates por mi amor vencidos.
Mas la materia es frágil, nada dura
Fuera de la verdad y la pureza...
Tiene el placer su noche de amargura
Y el torpe amor sus siglos de tristeza.
Como esa voz secreta que nos guía
Eternamente al bien, y su reproche
Nos hiere el corazón en pleno día
Y nos perturba el sueño en cada noche;
Otra voz celestial movió en mi pecho
La escondida virtud, voz bendecida
Que al corazón en lágrimas deshecho,
Le abrió las sendas de la nueva vida.
Y en vez del odio y del rencor profundo,
Dióle ternura, compasión, consuelo,
Y en vez del goce efímero del mundo
La eterna dicha en prometido cielo...
Esa voz la escuché del Dios Humano
En un triste rincón de la Judea...
Tocó mi frente con su angusta mano:
Tu culpa, dijo, perdonada sea.

Y llorando á sus piés, todos mis males
En bienes se tornaron con su nombre...
¡Yo he visto al Redentor de los mortales!
¡He oído la palabra del Dios - Hombre!
Nada hay más grande, sabio ni profundo;
Todo á su paso vive y se levanta...
El sol, los astros, cuanto abarca el mundo
Son pobres pedestales de su planta.
¡Yo soy la humanidad culpable y ciega
Que al vicio y al error himnos entona...
Y al fin busca á su Dios, su fe le entrega,
Y ese Dios la redime y la perdona.
Soy la mujer culpable, arrepentida,
Que soñando alcanzar paz y ventura,
Vuelve un Jordán de lágrimas su vida
Y en ellas lava su conciencia impura.»

México, Abril de 1886.

JUAN DE D. PEZA.

LAMENTACIÓN.

Solitario está el camino
Que conduce á tu morada;
¡Ay de tí! por desolada
Se alejan cuantos te ven.
Sólo el pobre peregrino
Que llora tus aflicciones,
Murmura en sus oraciones:
¡Miseria Jerusalen!

Tú eras feliz cuando erguida
Mostrabas la pura frente;
Cuando eras reina potente,
Desde el Austro al Aquilón:
Hoy, esclava envilecida,
Ni aun recuerdas lo que fuiste:
Cuanta grandeza tuviste
Es ya vil humillación.

¿Qué has hecho del que amoroso,
Al són de tu alegre canto
Llegó á tí, tres veces santo,
Como el sol de eterna luz!
Tú le acogiste glorioso
Con palmas, olivo y flores,
Y luego entre malhechores
Lo enclavaste en una cruz.

¡Ay si no elevas al cielo
Suplicante la mirada!
¡Ay si ries embriagada
En tu vicio y tu desdén!
Ruda pena, acerbo duelo
Vendrán á tí, pecadora;
Póstrate de hinojos, llora,
Infeliz Jerusalen.

Desde tierras apartadas
Muévense ya las naciones:
Bajo innúmeras legiones
Retiembla el suelo do quier:
Y contra tí congregadas
Te asaltan en són de guerra,
Queriendo ardientes, por tierra
Tu templo y tus muros ver.

Al frente de ellas avanza,
Brazo de Dios, un guerrero
Que con el mortal acero
Á herirte se apresta ya.
Y después de la matanza
De tus hijos espantados,
Tus cimientos arrancados
Para siempre dejará.

Entonces será la pena,
Y en tu vergüenza tardía
Clamarás en agonía:
« ¡Montes, caed sobre mí! »
Mas no del enojo llena
Verse la medida puede,
Mientras quede, mientras quede
Piedra sobre piedra en tí.

Nadie escapará al castigo
De cuantos en tí vivieren:
Las que estériles nacieren
Felices se llamarán;
Que ante el tirano enemigo
Tus hijos desventurados,
Ó dispersos, ó aberrojados,
Ó cadáveres serán.

Convierte ya el pensamiento
Á los cielos que te llaman:
Tal vez ellos que te aman
Perdón, benignos, te den...
Mas ¡ay! su divino acento
Desatiendes altanera.
¡Cuán aciago fin te espera!
¡Ay de tí, Jerusalen!

España.

ANTONIO ARNAO.

¡DIOS!

¿Por qué cuando las olas rugientes, encrespadas,
Que agita desatado el furioso aquilón
Se estrellan en la nave que conduce en su seno
A los séres que adoro, no me infunden pavor?
— Porque la fe me anima, porque rezo entre dientes;
— ¡Porque confío en Dios!

¿Por qué cuando la muerte se asoma á mi morada
Y viene á hacer su presa de un hijo de mi amor,
Voy con seguro paso á cerrarle la puerta
Sin que aumente un latido mi débil corazón?
— Porque cuando la ciencia desespera y se rinde,
¡Tranquilo espero en Dios!

¿Por qué cuando la suerte voluble me abandona
Ó airada me persigue con su tenaz rigor,
No busco en el suicidio el término á mis penas:
Ni de mis labios sale la torpe maldición?
— Porque yo sé que el hombre no es dueño de su vida;
— ¡Porque obedezco á Dios!

Vivo en paz y contento en el hogar bendito
Que me ofrece los goces más puros del amor,
Enseñando á mis hijos que las puertas del cielo
Solamente las abren la virtud, la oración.
Y así aguardo sin miedo la hora de la muerte,
¡Porque yo creo en Dios!

Escorial.

TEODORO GUERRERO.

LA MUERTE DE JESÚS.

¡Lloraba la Creación! Fúnebre acento
Del uno al otro polo se extendía;
Era que el Hijo del Señor moría
En las rocas del Gólgota sangriento.

Por el mortal en sacrificio cruento,
Como víctima pura se ofrecía,
Y su lenta, tristísima agonía
Era del mundo el salvador aliento.

Muere Jesús, y súbita tristeza
Se difunde do quier y negro duelo,
Y rugen el mar soberbio con fiereza.

El sol se oculta, se estremece el suelo,
Dobla el pueblo deicida la cabeza,
Y al Hijo llora el Hacedor del cielo.

Puebla, 1886.

EMILIO C. MORALES.